

PAUL RIVET Y LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO

Por HERNANDO TELLEZ

El etnólogo francés, señor Paul Rivet, ha publicado en México, ciudad donde reside transitoriamente, un libro, "Los orígenes del hombre americano" en el cual amplía y resume al mismo tiempo, una buena parte de sus apasionantes investigaciones sobre el vasto y difícil tema propuesto en el título de la obra. Rivet es un sabio de mucha fama en los círculos científicos dedicados al estudio de la antropología, la arqueología y la etnología y, singularmente en aquellos de tales círculos especializados en el problema americano relacionado con esos tres órdenes de la ciencia. Rivet vivió en Colombia durante algún tiempo, el suficiente para crear entre nosotros el Instituto Etnológico Nacional y su correspondiente museo y para dejar unos cuantos aprovechados discípulos de sus espléndidas enseñanzas. Este sabio francés pasó casi desapercibido en nuestro mundo intelectual y social, ofreciendo así un ejemplo raro de sencillez, modestia y discreción. A Rivet se le veía deambular, con cierto aire melancólico, por nuestras calles, la cabeza desnuda, inclinada sobre el pecho, cada día más parecida su estampa a la de André Gide. Parecía una imagen viva de la ciencia, un ejemplo humano de austeridad y disciplina.

El libro de Rivet propone con toda precaución científica, es decir, con cierto margen de inseguridad y de tácita controversia, varias tesis respecto de los posibles orígenes del hombre americano. Primera tesis: el hombre americano no es autóctono; venido del antiguo continente, no aparece en el Nuevo Mundo antes del cuaternario final, después del retroceso de los grandes glaciares, y sólo puede llegar utilizando vías de acceso iguales a las existentes hoy día, puesto que América tenía, desde esta época lejana, sus contornos actuales; segunda tesis: dada la casi continuidad de América del Norte y de Asia, es natural y lógico buscar entre los pueblos asiáticos el origen

de las poblaciones del Nuevo Mundo; subtesis en apoyo de la anterior: desde un punto cualquiera del Asia Meridional, los pueblos uralianos o proto-uralianos habríanse dirigido hacia el norte, sin duda por necesidad, bajo la presión de otros pueblos, adaptándose progresivamente a climas cada vez más rigurosos. Llegados a las regiones árticas, habríanse esparcido hacia el Este y hacia el Oeste, los unos hacia Europa, a donde habrían llegado ya en la época del Cuaternario superior, y los otros hacia el Noroeste de Asia, y luego hacia América, siendo los esquimales actuales descendientes suyos. "Esta hipótesis, dice Rivet, parece conciliar todos los datos que la antropología, la etnografía y la lingüística nos proporcionan en el estado actual de nuestros conocimientos".

El sabio francés desarrolla ordenadamente en su libro las tesis anteriores sin que insista de manera dogmática sobre materia alguna cuestionable. Rivet entiende que el progreso de las investigaciones sobre los orígenes del hombre americano ha traído a la luz unas pocas verdades auténticas y muchas verdades a medias; y que la zona de las intuiciones es todavía más extensa que la de las certidumbres. De ahí, precisamente de esa cautelosa posición crítica, se deriva el atractivo de su obra, en la cual, cada afirmación concreta aparece escoltada con razones científicas bien determinadas y claras, y todo aquello que hace referencia al cosmos nebuloso de las especulaciones no comprobadas aún, no sometidas a la prueba última y decisiva, va ofrecido con ese mismo carácter de cuestión problemática y en vía de análisis.

Respecto de la civilización y cultura del Nuevo Mundo, Rivet presenta un cuadro bastante halagador para nuestra vanidad de indígenas de primero, segundo o tercer grado. Veamos lo que dice Rivet:

"Grandes civilizaciones se constituyen en las regiones más favorables al desarrollo humano, en las altas planicies de clima templado de la Cordillera de los Andes, desde México hasta Chile. Formas de gobierno singularmente originales, como la que regía el imperio de los Inka, reunieron bajo una misma dominación pueblos diferentes, mediante procedimientos que recuerdan la política fuerte y flexible de la conquista romana. Libres de toda influencia nacieron aquí una arquitectura y un arte decorativo: las ruinas de los monumentos mexicanos, yucatecos y peruanos nos aportan cada día nuevas pruebas de este desarrollo autóctono. Se descubrieron técnicas

de una perfección sorprendente: técnica de la cerámica, técnica de los metales. Los alfareros americanos igualaron a los del Antiguo Mundo por su maestría plástica, así como por la variedad de las formas creadas y de la decoración de sus obras. Los metalúrgicos de la altiplanicie boliviana y peruana descubrieron el cobre y el bronce; los de la costa peruana, la plata y sus aleaciones. En Colombia el trabajo del oro y de sus aleaciones ha realizado obras de una complejidad de técnica asombrosa. Chapeado, coloración, soldadura autógena, laminado, hilado, fundición a la cera perdida, no tenían secretos para los artistas precolombinos. El platino y el plomo figuraban también en el arsenal metalúrgico de ciertos pueblos. Con la misma destreza, los indios utilizaban las piedras duras, confeccionaban con pirita u obsidiana espejos cóncavos y convexos. En México y Yucatán, inventaron un sistema de escritura jeroglífica comparable al sistema egipcio, pero tan independiente de él como la pirámide faraónica. Estos manuscritos que son, en su mayoría, calendarios, como los "quipu" del Perú, revelan extraordinarios conocimientos astronómicos y la existencia del sistema decimal entre los Inka. Los peruanos conocían y empleaban la balanza de ástil y la balanza romana. . . . "La lista de las plantas cultivadas por los aborígenes de América es impresionante: el maíz, la yuca, la patata, el cacao, el zapallo, el maní, la papa real, el girasol, la quina, el tomate, la piña, el frijol, el mate, la pimienta de Cayena. Poseían un algodón diferente al del Antiguo Mundo; utilizaban las fibras textiles del agave, fumaban o aspiraban por la nariz el tabaco, conocían las propiedades estimulantes o terapéuticas de la coca, de la cascarilla, de la ipecacuana, de la copaiba, sabían tratar los latex de ciertos árboles y fabricar con ellos jeringas y pelotas de caucho. Finalmente, para teñir sus tejidos, explotaban la materia colorante de la cochinilla, que criaban en plantas de "Opuntia".

"Esta enumeración, añade entusiasmado Rivet, no es, ni mucho menos, completa. Una gran cantidad de invenciones, de perfeccionamientos técnicos, da testimonio del genio creador y de las notables cualidades de observación del indio. Debe subrayarse que todas las tribus fuertemente organizadas de las altiplanicies andinas, como las tribus de cazadores y pescadores de las selvas tropicales y subtropicales, han contribuido a enriquecer este patrimonio común, específicamente indio. . . ." "El aporte del Nuevo Mundo ha trastornado las condiciones de vida de Europa y de Africa; reflexiónese un

instante acerca del lugar que ocupan, en la economía europea o en la economía de los negros, la patata y el maní".

Todo lo anterior está muy bien, está sumamente bien, sobre todo porque lo dice, con indiscutible autoridad, un hombre europeo, de contera, un sabio. Su testimonio lo comparten otros sabios tan eminentes como él y tan justicieros como él. Pero Europa, el Viejo Mundo, cree poco, ha creído siempre poco en estas verdades científicas, que son, además, verdades históricas, verdades sociológicas. Desde luego, si el poblamiento de América se hizo por gentes de fuera, por gentes que llegaron de otra parte cuando aquí, al final del período Cuaternario no había nadie, en el sentido humano de esta palabra, el mérito de la originalidad de las formas primigenias de nuestra civilización y de nuestra cultura, señaladas por Rivet, disminuye un tanto. Porque resulta entonces que esos hirsutos y salvajes abuelos asiáticos que llegaron al norte del continente y por él se esparcieron, aportaron, sin duda, la simiente inicial de la civilización a que se refiere Rivet, para quien es inobjetable el poblamiento secundario de América o lo que es lo mismo, que América no fue la cuna del hombre.

Claro está que el asiático al devenir indígena, indio americano en la sucesión de las generaciones, al hacerse dueño del terreno sobre el cual fijaba su planta, debió inventar muchas cosas y transformar otras tantas, en la lucha constante por la dominación del medio físico. Pero Europa, a su vez, se encargó, muchos siglos más tarde, de aniquilar los frutos de ese esfuerzo humano, de borrarlos, de "cubrirlos". El sociólogo colombiano Germán Arciniegas es quien aplica este último término al fenómeno de la conquista y colonización del Nuevo Mundo por los europeos, ya civilizados y cultos a su manera. En rigor, dice Arciniegas, no hubo "descubrimiento" de América, sino "cubrimiento" en el sentido literal y más obvio del vocablo. Los europeos "cubrieron", aplastaron con su civilización, más fuerte, poderosa, evolucionada y rica, la civilización débil, difícil, lenta y pobre de los indígenas americanos. Hay quienes se lamentan de tal cosa y entre quienes se duelen del fenómeno anotado figuran no pocos ilustres varones de la ciencia. La ignorancia, probablemente, me permite contarme entre el número de quienes no se quejan, ni se lamentan de ese fenómeno natural, y espléndido en consecuencias benéficas para el Nuevo Mundo. Lo deplorable fue que no hubiera ocu-

rrido antes. Porque una comparación elemental de los hechos, de las manifestaciones de la cultura y de la civilización, que en una y otra parte, en el Viejo Mundo europeo y en el mundo americano ocurrían contemporáneamente, un siglo o dos o cinco antes del "descubrimiento", deja a nuestros antecesores indígenas en una situación de lamentable inferioridad.

No debemos quejarnos de que para el juicio y la óptica del conquistador europeo, apareciera el aborigen americano, heredero asiático, según Rivet, casi como una bestia salvaje. El conquistador avanzaba hacia la selva americana, desde el fondo de una civilización que había creado ciudades prodigiosas, a la misma altura temporal en que nuestros abuelos se refugiaban en la cueva pajiza y cubrían sus riñones con el taparrabo sumario. La impresión de llegar a un mundo salvaje obtenida por los conquistadores al arribar a América se justifica con plena lógica. Recompóngase imaginativamente el cuadro de la cultura y de la civilización europeas hacia la época del primer viaje de Colón o de Vespucio, o de Magallanes, y establézcase el paralelo con el cuadro americano, y se entenderá entonces por qué tenía que desaparecer, dar paso una civilización a la otra, la del taparrabo a la de la cota de malla, la de la "macana, quisques y tiraderas", a la del arcabúz, la del pie pelado, a la de las botas de becerro, la de a pie a la de a caballo, la de la flecha a la de la lanza. . .

El balance de Paul Rivet en el cual se enumeran los aportes autóctonos que América ofreció al mundo civilizado europeo, no destruye de ninguna manera la autenticidad del hecho que hemos querido señalar, a saber: que el fenómeno de la conquista y colonización europeas del Nuevo Mundo, al aniquilar y suplantar la precaria civilización existente en América, no fue un hecho bárbaro, ni ilógico ni lamentable, ni que debemos deplorar en nombre de un ancestral y muy discutible "nacionalismo". En rigor, América no perdió nada en el momento de la conquista que no hubiera perdido más o menos pronto y que no fuera digno de perecer. Esto puede parecer excesivo al criterio de los americanistas, inclinados con pasión y curiosidad al apasionante problema etnológico, antropológico o arqueológico del continente. ¿Y el arte, y la ciencia política, social y económica, y la destreza artesanal del aborigen, dicen los americanistas, es poca cosa? Claro que lo es, si se establece un correcto paralelo entre las formas que había alcanzado en Europa todo eso en el instante histórico de la invasión conquistadora, y lo que en América existía. La destreza artesanal del aborigen y su instinto artístico, no llegaron jamás

a ofrecer —dígame lo que se quiera— realizaciones semejantes a las de la destreza del alfarero, o del arquitecto anónimo, en el Viejo Mundo, donde se eleva al aire el testimonio irrecusable de las catedrales y de los castillos. La organización política de las tribus, de los pueblos aborígenes americanos, la organización social y económica de los mismos, llevaba implícito un concepto bárbaro de la vida humana, estimulado por la idolatría religiosa. Claro está que en Europa, por entonces y después, hubo también barbarie, crueldad, como la ha habido siempre, como la hay ahora mismo. Pero en esto, como en todo, existen grados y matices que expresan la evolución o el retardo de los pueblos. La crueldad europea, por la época de la conquista y colonización americanas, incluía, como en el caso de la Inquisición, un concepto especial, de orden intelectual, desde luego aberrante, pero que denunciaba en sí mismo una querrela doctrinaria. La crueldad del aborigen, la disputa entre las tribus, entre los pueblos originales, obedecía al impulso primordial, zoológico, de la dominación del suelo, de la tierra, para vivir y alimentarse.

El libro de Rivet no es, como pudiera equivocadamente deducirse de lo que dejamos dicho, un alegato, en el cual se trate de sobrestimar más allá de sus términos lógicos, el volumen y la profundidad y la resonancia de la cultura y la civilización indígena de América. El sabio profesor concluye sus páginas, con estas hermosas palabras en las cuales aparece fijada la raíz de su opinión sobre el tema indicado, y, al mismo tiempo su posición de humanista y de hombre libre, a quien conturba el salvaje espectáculo contemporáneo de la locura racista:

"Si los etnólogos provocan a veces sonrisas cuando expresan su pesar de que la evolución de las civilizaciones americanas haya sido truncada y paralizada por el descubrimiento, tienen el derecho y el deber de recordar a cuantos se han beneficiado tan ampliamente con los productos de estas culturas, la parte que corresponde al indio en la economía moderna de los pueblos que se llaman civilizados. El sentido de la gran solidaridad humana debe ser, hoy más que nunca, exaltado y fortalecido. Todo hombre debe comprender y saber que en todas las latitudes, otros seres, hermanos suyos, sea cual fuere el color de su piel o la forma de sus cabellos, han contribuido a hacerle la vida más dulce o más fácil".

Hernando Téllez